

El verbo y la virtud

Luis Herrera Campins y la ética del poder venezolano

Autor: Cervantes

Caracas, octubre de 2025

Introducción

En los laberintos de la historia venezolana, donde la retórica suele ser espada y disfraz, hubo un hombre que quiso hacer del verbo una forma de gobierno. Luis Herrera Campins acarigüeño de cuna modesta, universitario de verbo agudo y presidente de verbo fuerte fue, ante todo, un político del lenguaje. Su vida pública, desde los días ardorosos de la Universidad Central de Venezuela hasta la silla de Miraflores, puede leerse como una larga conversación con el país, un diálogo entre la ética y el poder, entre la palabra y la realidad, entre la virtud y la tentación.

La tesis que guía este ensayo es sencilla en su formulación, pero compleja en su entraña: **la trayectoria de Luis Herrera Campins encarna una ética del poder fundada en la palabra**, entendida no como instrumento de persuasión sino como manifestación de identidad moral. En un siglo XX venezolano saturado de discursos huecos, Luis Herrera intentó a veces con gloria, a veces con fracaso, devolver al lenguaje político su densidad humana. Fue un mandatario que hablaba como el pueblo, pero pensaba como un humanista. Su verbo criollo, trenzado de ironía, cultura y sabiduría popular, tradujo un modo singular de entender la política: como servicio, como sacrificio, y también como arte.

Desde esta perspectiva, la figura de Herrera se nos aparece menos como un estadista convencional y más como un **personaje literario**, mezcla de idealismo quijotesco y astucia parda, un hombre que cargaba en su palabra el polvo del llano y en su conciencia el peso de la república. Su historia, más que una cronología, es un tejido de símbolos, la cárcel como aprendizaje moral, el exilio como ascenso del espíritu, la presidencia como tragedia del verbo frente a la materia.

Por eso, este ensayo se propone una lectura literaria y ética de su vida política, integrando fuentes históricas y académicas, pero con una prosa que se permita los matices del realismo mágico latinoamericano y el humor sabio de Cervantes. Como diría Uslar Pietri (1979), *“el hombre público latinoamericano no puede separarse del hombre de palabra, porque es en la palabra donde se juega su destino”*. En ese sentido, Herrera Campins no fue un técnico del poder, sino un **poeta moral del gobierno**.

Desarrollo

I. El verbo nace en la calle y en el aula

Luis Herrera Campins nació el 4 de mayo de 1925 en Acarigua, un pueblo de sol y polvo en el corazón de los llanos de Portuguesa. Aquel paisaje, donde el horizonte se confunde con el sueño y la palabra con el viento, moldeó su temperamento. En las tardes largas del llano, mientras los mayores jugaban dominó bajo el alero y las mujeres hilaban historias como si fueran rezos, el joven Luis aprendió que el idioma puede ser refugio y trinchera. De ese barro nacía su elocuencia del habla viva del pueblo, no de los libros.

Sin embargo, el destino no lo quería anclado al llano. La educación fue su primera empresa libertaria. Se trasladó a Barquisimeto, donde cursó el bachillerato en el Colegio La Salle. Allí, según narran sus contemporáneos, ya despuntaba como orador precoz, defensor de causas estudiantiles y lector ávido de historia y filosofía. Más tarde, en Caracas, ingresó a la Universidad Central de Venezuela (UCV) para estudiar Derecho. No tardó en vincularse con los movimientos juveniles que hervían bajo la sombra de los regímenes autoritarios.

En las aulas de la UCV descubrió el poder de la palabra en su dimensión política. Se formó en la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), aquella cantera de futuros dirigentes democráticos, y allí conoció la efervescencia del debate ideológico. Era un tiempo de sueños y de riesgos, cuando la juventud universitaria se debatía entre el fervor democrático y la represión del poder militar. En ese hervidero de ideas, Herrera encontró su voz, un verbo claro, criollo, que podía citar a Sócrates o a Bolívar en la misma frase sin perder el acento del llano.

No era un orador de escritorio; era un político de pasillo, de conversación al borde del pupitre. Su palabra era cercana, pero culta; firme, pero cargada de humor. Aquella mezcla sería su sello. Según testimonios recogidos por la Fundación Empresas Polar BiblioFEP, (2020), sus discursos juveniles ya revelaban una ética cristiana humanista inspirada en Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, autores que marcaron la formación de toda una generación de socialcristianos venezolanos. Para Herrera, la política debía ser, ante todo, una forma de servicio moral.

Pero el poder siempre pone a prueba la virtud. En 1948, tras el golpe militar que derrocó a Rómulo Gallegos, la represión universitaria se intensificó. Herrera, como tantos otros jóvenes, fue perseguido, encarcelado y finalmente desterrado. Su paso por la Cárcel Modelo de Caracas fue

breve pero decisivo. Allí, entre paredes húmedas, comprendió que la palabra libre es más temida que la espada. En una carta posterior, recordaría: *“Allí aprendí que el silencio también puede ser una forma de oración política”* Herrera, C. citado en Biografías y Vidas (2015).

Aquella cárcel fue su primer exilio interior: el lugar donde la palabra se refugia en el pensamiento, donde la ética se mide en resistencia. Y así, entre barrotes, el joven de Acarigua se transformó en un hombre de verbo templado.

II. La palabra sin patria

El exilio es, para los hombres de verbo, una suerte de segunda universidad. En Europa, donde se refugió tras su liberación, Luis Herrera se encontró con un continente que emergía de las ruinas de la guerra y de los fantasmas del totalitarismo. Estudió Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela, en España, y allí se empapó del pensamiento socialcristiano europeo, de la doctrina social de la Iglesia y de los ecos del humanismo renacentista.

Pero más allá de los libros, el exilio le enseñó el valor de la distancia. Desde lejos, Venezuela se le volvió metáfora. En los cafés gallegos, hablando con otros desterrados, el país se le aparecía como una mujer que uno ama y que no puede tocar. De esa nostalgia surgiría su convicción más honda *“governar no es poseer la patria, sino servirla”*.

Fundó y escribió en publicaciones de resistencia, como el periódico Tiel, que circulaba clandestinamente entre América y Europa. En esos textos tempranos, ya se percibe su estilo híbrido: mezcla de ensayo político y prosa lírica, con un tono que recuerda a los cronistas de Indias por su mirada moralizante y su gusto por el detalle humano.

El exilio lo transformó en un hombre de frontera, entre la fe y la razón, entre lo criollo y lo universal, entre la indignación y la esperanza. A su regreso a Venezuela, en 1958, tras el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, trajo consigo no solo el título de abogado, sino una idea clara de país. Y sobre todo, una certeza que repetiría hasta el final de sus días: *“No hay patria posible sin decencia política.”*

III. La política como arte de la palabra en el parlamento

El retorno de Luis Herrera Campins a Venezuela en 1958 coincidió con la resurrección democrática del país. La dictadura había caído, y la nación herida, pero expectante se debatía entre el miedo al pasado y la esperanza de un porvenir distinto. Era el momento ideal para quienes concebían la política como servicio y no como botín. Y allí, en ese terreno donde el verbo se volvía consigna y pacto, reapareció el joven que había aprendido en la cárcel que la palabra podía redimir.

Su reingreso a la vida política activa se dio bajo el amparo de COPEI, el partido socialcristiano fundado por Rafael Caldera. Herrera era, para entonces, una figura de verbo filoso y convicción austera. No hablaba como los tribunos exaltados ni como los tecnócratas de manual, hablaba con ritmo de pueblo y alma de predicador. Decía lo que muchos pensaban, pero con una cadencia que hacía de la política un acto de poesía civil.

En el Congreso Nacional, donde ejerció como diputado y luego senador, su oratoria se convirtió en un espectáculo de lucidez y humor. Tenía la capacidad de desarmar al adversario con una metáfora o un refrán. “A veces es más difícil convencer al amigo que al enemigo”, solía decir, dejando en el aire una sonrisa que mezclaba ironía y ternura. Esa manera de hablar, criolla, culta y socarrona, lo situaba en una tradición venezolana que va de Cecilio Acosta a Uslar Pietri, la del intelectual que usa el lenguaje como herramienta moral.

Durante esos años parlamentarios, Herrera defendió la educación, la cultura y la descentralización, pero sobre todo defendió una idea que parece hoy anacrónica: la **civilidad política**. Según recoge la Universidad Católica Andrés Bello (2022), su vida parlamentaria fue “una escuela de respeto, una lección de cómo disentir sin destruir”. Para él, la democracia era conversación, no imposición.

Así, su paso por el Congreso consolidó un principio que acompañaría toda su trayectoria: **la palabra no debe servir al poder, sino que el poder debe servir a la palabra**. En un país donde los discursos a menudo son máscaras, Herrera los convirtió en ventanas. Por eso podía citar a Ortega y Gasset sin pedantería y hablar de los llanos sin populismo. Como si cada intervención suya fuera un intento de reconciliar la erudición con la autenticidad.

Pero la política, como el teatro, tiene su acto final, y el verbo, por más alto que cante, debe enfrentarse a la realidad del gobierno.

IV. El verbo frente al espejo del Estado

Cuando Luis Herrera Campins asumió la Presidencia de la República el 12 de marzo de 1979, Venezuela aún respiraba la euforia petrolera. El país se creía rico, y esa riqueza “como un espejismo de modernidad”, servía de anestesia moral. En aquel contexto, Herrera llegó con una promesa que sonaba más ética que económica: “Basta.” Bastaba ya de derroche, de corrupción, de soberbia administrativa. Su lema condensaba un hartazgo nacional y una esperanza moral.

Su discurso inaugural, recordado por su sobriedad, no apelaba a la grandilocuencia ni al mito del salvador. “Gobernar es educar”, dijo, retomando a Uslar Pietri, pero también citando a los padres de la democracia cristiana europea. Gobernar, para él, era una pedagogía moral. En ese sentido, su presidencia fue menos una gestión y más una parábola, la parábola del idealista que intenta enseñar decencia en una república acostumbrada al despilfarro.

Su visión era clara: reducir el gasto suntuario, fortalecer la producción interna, reactivar el campo y dignificar la cultura. Así nacieron proyectos como el **Museo de los Niños**, el **Teatro Teresa Carreño**, la expansión de la **Biblioteca Ayacucho** y un impulso inédito a las artes y a la educación. Fue el tiempo en que Caracas se soñó Atenas tropical y el Estado pareció descubrir que también se gobierna con libros y canciones.

Pero la historia, caprichosa como los vientos del Caribe, decidió probar la consistencia de su ética. El precio del petróleo comenzó a caer, la deuda externa se disparó, y el bolívar “orgullosa símbolo de estabilidad” se tambaleó hasta caer en la célebre devaluación del “**Viernes Negro**” de 1983. Ese día, el verbo de Herrera se volvió sombra. El país despertó de su ilusión dorada, y la palabra “crisis” se instaló en el vocabulario nacional.

El propio Herrera, en un gesto casi trágico, reconoció que la política moral no bastaba ante los demonios del mercado global. Pero incluso en medio del desastre económico, su verbo no perdió humanidad. No buscó enemigos fáciles ni culpables imaginarios. Prefirió el tono de la autocrítica: “Fallamos todos, no porque robamos, sino porque creímos que la riqueza era infinita”.

Esa confesión, recogida por **El Nacional (1983)**, muestra su temple ético. Pudo escudarse en tecnicismos o delegar responsabilidades, pero eligió hablar con verdad. En un país habituado al cinismo, su honestidad sonó a derrota, pero también a dignidad. Como en las tragedias griegas que

tanto admiraba, su caída tuvo sentido moral: fue el hombre que quiso salvar el verbo en un mundo de cifras.

V. Gobernar con decencia en tiempos de naufragio

La presidencia de Herrera Campins fue, en buena medida, una lucha entre la ética y la economía, entre la virtud y la urgencia. Su apuesta moral “esa aspiración a que el Estado fuese espejo de decencia” se enfrentó a un aparato político corroído por la costumbre del reparto y la ineficiencia burocrática. En esa batalla perdió popularidad, pero ganó estatura histórica.

Algunos lo llamaron ingenuo; otros, moralista. Pero lo cierto es que, en un país donde la palabra se usa para disimular la corrupción, Herrera la usó para nombrarla. Y eso, en el fondo, es un acto de valentía. Porque la política venezolana, desde el siglo XIX, ha sido una guerra por el significado de las palabras: libertad, justicia, pueblo, patria. Cada caudillo las ha moldeado a su antojo. Herrera quiso devolverles su sentido original, casi sagrado.

Su modo de hablar, entre el humor criollo y la erudición, no era artificio; era su manera de resistir. Como buen venezolano, entendía que un chiste puede ser más subversivo que un decreto. Y como buen humanista, sabía que sin belleza no hay ética posible. Por eso su gobierno invirtió tanto en cultura: porque intuía que el arte, la educación y la palabra son los cimientos invisibles de la república.

Cuando su mandato concluyó en 1984, se retiró sin estridencias ni maniobras. No dejó fortunas, ni buscó inmunidad. Dejó un país en crisis, sí, pero también un ejemplo de decencia. Su vida posterior fue la de un intelectual solitario, casi asceta, que prefería el libro al aplauso. Murió el 9 de noviembre de 2007, sin haber renegado de su fe ni de su verbo. Como si entendiera que la historia, al final, redime a quienes hablan con verdad, aunque los pueblos no siempre escuchan.

VI. Entre Cervantes y Uslar Pietri

La figura de Luis Herrera Campins, observada con distancia, parece salida de una novela donde se mezclan lo épico y lo doméstico, la filosofía y el chiste. Su verbo tenía la humildad de Sancho y la idealidad de Don Quijote. Como el caballero manchego, creía que el honor vale más

que el oro, y que el poder sin virtud es apenas una comedia. Pero también tenía la picardía del venezolano que no pierde la sonrisa ni en el naufragio.

Desde el realismo mágico, podría decirse que su gobierno fue un intento de reconciliar el sueño con la realidad. En un país que flota entre el petróleo y la promesa, Herrera quiso sembrar valores en terreno movedizo. Su error “si así puede llamarse” fue creer que la moral podía imponerse a la estructura económica. Pero su acierto fue demostrar que el poder, sin ética, se vacía de sentido.

Octavio Paz escribió que “*la política sin moral es un crimen, y la moral sin política es una abstracción.*” Herrera intentó unir ambas, y pagó el precio. Su legado no está en las cifras, sino en la forma: en el modo de decir, en la convicción de que las palabras crean realidad. En tiempos de ruido y mentira, su voz suena aún como una campana en medio del polvo.

Conclusión

La historia de Luis Herrera Campins no es sólo la biografía de un presidente, sino la parábola de un país que aún busca conciliar la ética con el poder. Su paso por la vida pública nos recuerda que en Venezuela “esa tierra donde la palabra a veces promete más de lo que puede cumplir”, todavía existen hombres que intentan honrarla.

Herrera fue, en esencia, un **artesano del verbo**. Creyó en la política como conversación con la conciencia colectiva. En una nación donde el discurso se ha vuelto ruido, él buscó que las palabras volvieran a tener raíz. Cada una de sus frases, entre humor y severidad, parecía tallada en la madera del pueblo. No hablaba para convencer, hablaba para dignificar. Y en esa diferencia radica su grandeza.

Su ética no era puritana, sino pedagógica. No imponía valores, los enseñaba con el ejemplo. Cuando decía “basta”, no gritaba desde la ira, sino desde la decencia. En un país donde la corrupción se había vuelto paisaje, su austeridad fue una herejía. Quizás por eso su figura es más admirada con el tiempo que en su hora. Porque el tiempo, como un viejo maestro, sabe distinguir entre el brillo pasajero y la luz serena.

Desde una mirada literaria, podría decirse que Herrera encarna al **héroe trágico del verbo**: aquel que cree en la fuerza moral de las palabras incluso cuando el mundo las traiciona. Su destino recuerda a los personajes de Cervantes, hombres buenos arrojados a una realidad que no los comprende. Y al mismo tiempo, su historia se inscribe en la tradición del realismo mágico venezolano, donde la esperanza resiste a la fatalidad y la moral se vuelve acto de fe.

Hay algo profundamente simbólico en su final político. Salió del poder sin rencor, sin alardes, sin la vanidad de quien confunde la silla con el alma. Dejó tras de sí un país confundido, pero también una advertencia “que la política, sin virtud, se disuelve en farsa; y que la palabra, sin verdad, es apenas ruido”.

Por eso su legado no está en los números del PIB ni en los balances petroleros, sino en una enseñanza invisible, **la posibilidad de gobernar con decencia, incluso en el fracaso**. Luis Herrera mostró que la derrota puede ser digna cuando se lucha por la verdad, y que el silencio de un hombre honesto puede resonar más que mil discursos.

Uslar Pietri decía que “la moral pública es la poesía civil de los pueblos”. Si eso es cierto, Luis Herrera escribió uno de los últimos poemas decentes de la política venezolana. Su voz, aunque ya ausente, continúa siendo brújula en un país que aún necesita aprender a conjugar el verbo “servir” sin hipocresía.

En el fondo, su vida parece resumirse en una sola frase que bien pudo ser su epitafio moral: “El poder no se tiene para mandar, sino para dar ejemplo.” Y quizás allí, en esa sentencia sencilla, habita la síntesis de toda una ética: la de un hombre que creyó que la palabra podía ser más fuerte que el oro, más persistente que la corrupción, más duradera que la derrota.

Luis Herrera Campins no fue un político perfecto, pero fue un político decente, y en Venezuela eso ya es literatura heroica.

Bibliografía

- Biografías y Vidas. (2015). *Luis Herrera Campins*. Recuperado de https://www.biografiasyvidas.com/biografia/h/herrera_campins.htm
- BiblioFEP – Fundación Empresas Polar. (2020). *Herrera Campins, Luis*. En *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Empresas Polar. Recuperado de <https://bibliofep.fundacionempresaspolarg.org/dhv/entradas/h/herrera-campins-luis>
- Britannica, E. (2024). *Luis Herrera Campins, Venezuelan president (1979–1984)*. Encyclopaedia Britannica. Recuperado de <https://www.britannica.com/biography/Luis-Herrera-Campins>
- El Nacional. (1983). *Declaraciones de Luis Herrera Campins sobre la crisis económica*. Caracas, Venezuela.
- Hoy en la Historia. (2023). *Nace Luis Herrera Campins (1925)*. Santo Domingo: *Hoy Digital*.
- Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). (2022). *Luis Herrera Campins: Vida parlamentaria. Un doble tributo a la civilidad venezolana*. Recuperado de <https://www.ucab.edu.ve>
- Uslar Pietri, A. (1979). *Sembrar el petróleo y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Paz, O. (1994). *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica.